

pañía!... ¡Qué barbaridad!... No... ¡Qué infamia!

¡A defender la patria! Bueno. Que vayan todos y antes que todos los que tienen más que perder: Así habla la lógica que no gasta billetes de Banco. Así hablamos también nosotros.

¡Qué vayan todos! Y que vayan pronto; que cese pronto ese atentado al derecho y al sentido común; porque la justicia grita muy alto y anda muy deprisa, y á poco que se tarde va á ser un grito general, la exclamación del pobre recluta.

Y vamos á tener que decir todos:

Tenéis razón: No embarquéis, si no embarcan los ricos.

1897.



## EL PROBLEMA EN PIE.

Desde la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo están ofreciendo los gobernantes españoles, las clases conservadoras, y casi todos los periódicos, sin exceptuar los de más avanzado criterio, un espectáculo tristísimo.

En las columnas de la prensa diaria pueden leerse relatos é informaciones minuciosos, tan minuciosos como imprudentes, tan imprudentes como desacertados. Los noticieros en su afán de batir el *record* del impresionismo y trasladar al público las notas más íntimas de la catástrofe y de las angustias que la catástrofe provocara, se han atre-

vido con todo, hasta con lo más digno de respeto, las nerviosidades irresponsables de una mujer enloquecida por el dolor. Las clases conservadoras, eso que se han dado en llamar *elementos sanos del país*, hablan, discurren y proceden, no como colectividad que protesta de un acto inicuo, como rebaño que se apiña sin orden y patalea á impulsos del miedo. ¡Y los gobernantes españoles!... Hay que convenir en que los gobernantes españoles no dejan nada que desear en punto á precauciones póstumas y á terrorismos medioevales. Todos sus actos, desde el oficio del Ministro de Gracia y Justicia indicando por telégrafo al presidente de una audiencia, á un magistrado, á un representante imparcial de la justicia, que acelere la ejecución de Angiolillo Galli, hasta el propósito de convertir la ley de represión del anarquismo en hacha de verdugo manejada á capricho contra la conciencia y el pensamiento de los ciudadanos, acusan una altura de miras y un tacto político pasmosos.

Pero ni esos periódicos, que un día antes de la muerte de Cánovas abominaban de él como de una calamidad, y al día siguiente lamentaban su pérdida como si fuese la pérdida de un Dios; ni esos periódicos, gracias á los cuales sabemos que la viuda de Cánovas comió garbanzos y lechuga, durante el viaje fúnebre; ni esas clases conservadoras que al día siguiente del crimen se arrojaban como buitres sobre la herencia de la víctima; ni ese Gobierno que ha dividido los procedimientos judiciales, como las empresas de ferrocarriles los trenes, en expresos, correos, mixtos y mercancías, han dicho nada, han discurrecido nada, han resuelto nada, donde palpita la severidad augusta del dolor, la serenidad majestuosa del juicio y la reflexiva energía de los hombres de Estado.

Sabemos cómo ha muerto Cánovas, cómo ha llorado su viuda, cómo ha ido el entierro, cómo van á ejecutar á Angiolillo Galli; y estamos á punto de saber cómo vamos á ir á la cárcel todos los españoles, y cómo van

34346

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 FONSECA REYES  
 MONTERREY, MEXICO

á hacerse las particiones entre los huérfanos y menores del partido conservador.

Lo que no sabemos aún porque nadie se ha ocupado en ello, ni los diarios con sus artículos, ni los políticos con sus manifestaciones personales y con sus determinaciones colectivas, es si el acto aislado del asesinato de Cánovas, sumándose al asesinato de Carnot, á la intentona de Pallás contra Martínez Campos, á la explosión de bombas anarquistas en París, en Barcelona, en diversos puntos del globo, ha hecho parar mientes en el estado social que semejantes carnicerías acusan, y en la necesidad que todos tenemos de estudiarlo á fondo y examinar cuáles son las causas á que obedece y las circunstancias que lo provocan.

Y esto es lo que hay que hacer.

Bajad de la altura donde os han colocado la casualidad, la suerte ó la herencia; recorred el subsuelo de las grandes poblaciones, la extensión libre de los campos, el recinto miserable de las aldeas; descendad á las mi-

nas; entrad en los talleres; acompañad en sus tareas al labriego tostado por el sol, curtido por el viento, resquebrajado por la llovizna y por la nieve; al albañil que pasa su vida sobre un tablón, oscilando entre la vida y la muerte; al herrero que tuesta su piel con las llamaradas de la fragua; á los obreros del músculo que trabajan como bestias; á los obreros de la inteligencia que son explotados sin compasión; subid á la buhardilla miserable, penetrad en la estrecha covacha, en el desmantelado cuartucho donde todos esos trabajadores se agrupan rodeados de sus familias, sin goces, sin comodidades, sin presente seguro ni porvenir posible; vedlo todo, examinadlo todo y escucharéis un rumor sordo, una protesta sin voces, una maldición muda de los desheredados, de los infelices, de los explotados, de los sinventura contra los ricos, contra los hartos, contra los explotadores, contra los venturosos; recoged ese eco en vuestro oído, llevadlo á vuestro corazón, levantadlo después hasta vuestro ce-

rebros y pensad, puesto que sois cristianos, puesto que todos los hombres son ó deben ser hermanos vuestros, que es injusto este desnivel de existencias que vinieron al mundo para ser iguales, para gozar juntos en banquete de fraternidad generosa todos los goces que la naturaleza ofrece, como nacieron para sufrir juntos todos los dolores que la naturaleza produce. Considerad que tienen derecho á vivir, á amar, á instruirse, á no morir de hambre, de frío, de abandono, de falta de justicia y de falta de pan. Pensad en eso. El problema está ahí.

Quédense las lágrimas para la familia del finado, ante cuyo cadáver nos inclinamos respetuosamente, como nos inclinaremos compasivamente mañana ante el cadáver de Angiolillo Galli. La memoria del hombre muerto, del hermano muerto, será siempre respetable para nosotros, tan respetable como odiosa la memoria del político reaccionario y del crimen que le arrojó del mundo; quédense los relatos y las informaciones maca-

bras de los noticieros para los aficionados á este género de literaturas; quédense el temor á la cárcel y á los histerismos gubernamentales para los hombres que por equivocación de la naturaleza usan tal vestidura fisiológica y son por dentro mujerzuelas tímidas, eunucos de serrallo que tienen castradas las santas virilidades del pensamiento y de la conciencia... Quede eso para ellos. Los hombres, los verdaderos hombres, deben mirar cara á cara los hechos, reconocer que en la historia y en la humanidad hasta las brutalidades y los crímenes políticos tienen su lógica, y afrontar el problema.

\* \* \*

No; no ocurren en la humanidad las cosas porque sí; no son los organismos sociales niños inconscientes que proceden sin lógica; los crímenes que estamos presenciando son inexcusables, pero no son inexplicables; deben castigarse pero deben estudiarse; el

agarrotamiento de un anarquista asesino es una necesidad, pero no es un remedio; es un derecho, pero no es una solución. Tras de Ravachol, guillotinado, aparece Henry, arrojando la bomba destructora en el café *Terminus*; se ajusticia á Henry y surge Pallás; se mata á Pallás por haber querido asesinar á Martínez Campos y al poco tiempo es preciso matar á Caserio por haber asesinado al presidente de la República Francesa. Se castigan con presidios, con destierros, con fusilamientos, con todo género de expiaciones las salvajes hecatombes del Liceo y de la calle de los Cambios, y acto seguido Galli dispara contra Cánovas y aumenta con otro delito los pasados. Morirá el asesino de Cánovas porque es justo que muera, porque debe morir como han debido morir y han muerto sus fanáticos predecesores. Pero esta sucesión de crímenes, este haber siempre un hombre pronto á matar y á ser muerto ¿qué prueba? Que el castigo de un individuo, de varios individuos, no basta á resolver este

problema trágico. Que el mal es más grave, que tiene raíces más hondas y que hasta esas raíces hay que llegar sin asustarse por las desgarraduras que sienta la mano al buscarlas.

¿Qué diríamos del médico que sólo atendiese á cortar la calentura sin cuidarse del examen y curación del órgano que la produce? Se diría que era un ignorante, un mentecato, un curandero despreciable. Pues lo mismo debe decirse de vosotros, gobernantes, sociólogos, hombres políticos, que sólo os ocupáis en castigar los crímenes personales, sin ocuparos para nada en las causas que los originan y en el remedio que á tales causas se podría aplicar.

Esta injusticia, este desnivel, este abandono, este quebrantamiento de la fraternidad humana, determinadores del estado social presente, traen consigo protestas, aberraciones, locuras, infamias. Así como la enfermedad de un órgano provoca la calentura y la calentura el delirio, así también surgen de entre esas multitudes, calenturien-

tos, delirantes, criminales que elevan el delirio á la categoría de justicia y la destrucción á la categoría de ley.

Esos criminales no merecen piedad, no pueden pedirla, no la piden, no deben obtenerla tampoco. La sociedad hace perfectamente en proceder contra ellos, pero haría muy bien, al propio tiempo, en atender las justas reclamaciones de los que no tienen dichas que llevar al alma y pan que llevar á la boca.

Castíguese en buena hora á los criminales, pero atiéndase á los infelices para que no se vuelvan criminales.

Ya que el delito no puede ser justo, evitemos que sea lógico. Quitémosle toda razón, no digamos razón, todo motivo, no digamos motivo, toda excusa, no digamos excusa, todo pretexto. Seamos severos con nosotros para ser inflexibles con los demás y de este modo nos evitaremos la triste resultante que ofrece el asesinato de D. Antonio Cánovas.

Dos hombres caídos y el problema en pie.



## CUERPO Á CUERPO.

La Guardia civil, los forales y los agentes de Orden público, cargaron contra los huelguistas resultando dos de éstos heridos.

(DE UN TELEGRAMA DE BILBAO.)

**MOSCÚ 30.**— Los trabajadores de las fábricas de hilados de algodón de Vikula, Maraschowe, Cheschow y Sajewo, en el Gobierno de Wladimir, después de declararse en huelga, se han amotinado, pegando fuego á la casa del Director de las fábricas.

Además entraron á saco en las oficinas apoderándose de la caja de caudales, de la cual extrajeron 40.000 duros en billetes de Banco.

En vez de utilizarse de esta suma, prendieron fuego á los billetes.